



**Homilía pronunciada por S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,
Arzobispo de La Habana, en la ordenación sacerdotal de
Eloy Ricardo Domínguez Martínez.**

**S.M.I. Catedral de La Habana,
27 de agosto de 2011.**

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy la sacramentalidad de la Iglesia se hará visible llevándonos, a través de la sencillez de los ritos, que expresan el significado profundo del misterio, hasta ver y palpar cómo Dios toma posesión de un hombre y lo consagra a su servicio. Somos partícipes así del misterio sagrado, no simples espectadores de unos gestos que se despliegan con cierta dignidad y que podrían indicar quizás la conclusión de unos estudios con el otorgamiento de un título, de un diploma acreditativo de capacitación para que un profesional cumpla las tareas y cargos propios de su carrera. En este orden de cosas, la graduación de un arquitecto o de un licenciado en filosofía, es también una ceremonia, pero no es una ceremonia sagrada y no lo es únicamente por la ausencia del nombre de Dios en el ceremonial de graduación de un abogado o de un hombre de ciencia, o porque la futura actividad profesional del graduado no tenga que ver con Dios, pues Dios está presente también en el quehacer humano que promueve el orden y el desarrollo del mundo. Además, aunque estamos acostumbrados a ceremonias de este género, donde no se menciona a Dios, no tiene que ser así y en diversas manifestaciones culturales, artísticas o sociales se invoca a Dios al inicio e incluso se hace alguna otra oración.

Pero aún en este caso, la diferencia es total, porque en la celebración de una Ordenación Sacerdotal Dios es el protagonista. No hay una simple referencia a El en la ceremonia, se trata de algo más. Ni el Obispo, quien con la palabra y los gestos simbólicos preside la liturgia, ni el futuro sacerdote, en cuyo favor se desarrolla el rito, son los protagonistas. El Dios invisible e insondable es quien llena todo el horizonte espiritual de una acción sagrada como ésta, donde aquél que había sido conocido por Dios de antemano, a quien El después llamó y eligió, purificó por el bautismo y lo hizo miembro de la Iglesia e hijo de Dios, se presenta ante el Obispo y la comunidad de los fieles porque ha escuchado la voz de Dios Padre que lo llamó a ser cristiano católico y que le pedía después algo más: Sí, haces bien en cumplir los mandamientos de la ley de Dios, pero deja cuanto tienes, ven y sígueme, y es Jesús, querido hijo, quien te hace llegar la invitación del Padre. Tu respuesta, Eloy, te trajo hasta aquí para este momento crucial.

No es sólo en el desarrollo de la Ceremonia, en la acción misma del rito donde Dios actúa de modo protagónico. En tu llamamiento a ser un hijo de este pueblo, en la elección que hizo de ti el Señor para que lo siguieras incondicionalmente, en todo momento de tu vida,

es Dios quien ha tomado la iniciativa. Eso no lo debes pasar nunca por alto. El nos amó primero, nos dice el apóstol San Juan.

Hoy es tan fácil que los medios nos hagan olvidar el origen y el fin de las cosas. Incluso en nuestra relación con Dios, cuánto acento se pone en los medios psicológicos, en los modos casi técnicos de hacer oración, de adentrarnos en la meditación. En la celebración misma de la Eucaristía, que es raíz y cumbre de nuestra alabanza a Dios, y que lleva en sí la más perfecta oración, ¡cuántas veces nos quedamos en los aspectos litúrgicos, en la perfección del acto cultural, en la importancia desmedida que damos a tales o cuales gestos, o a las diversas interpretaciones del canto! Esta delicadeza para tratar con el Señor es necesaria, pero debe estar orientada a presentar a Dios, junto con la ofrenda de toda la Iglesia, la ofrenda de mi vida, de modo que el sacerdote que celebra la Eucaristía deje el papel principal a Jesucristo, no a la Asamblea Litúrgica, no al canto coral, no al propio celebrante, cuya función es borrarse en los gestos comunes y sobrios que la Iglesia prescribe, emitiendo con moderación la voz, sin precipitación y sin inflexiones dramáticas, con la mente y el corazón puestos en cada una de las palabras que dice, para que el pueblo pueda descubrir que tú estás rezando mientras celebras la Misa.

Por eso nos inclinamos sobre el pan cuando consagramos el cuerpo de Cristo y lo mismo hacemos con el cáliz del vino; doblamos la rodilla después de cada consagración y los concelebrantes se inclinan profundamente, porque Aquel que está en nuestras manos es mi Señor y mi Dios.

Tenemos que dejar que Jesús pase sin que estorbemos su camino. Un hombre sabio y religioso preguntó a otro de iguales características: ¿Dónde está Dios? Este se sorprendió de semejante pregunta, propia para niños, y respondió: Dios está en todas partes. Pero el primero le dijo: No, Dios está donde lo dejan entrar.

Esta frase, en el momento presente de la historia, tiene una tremenda carga realista. Porque hoy son muchos los que cierran el paso a Dios por descuido, o al dejarse llevar de la conducta propia de un medio social donde el cristianismo se ha borrado, o porque la religión de sus mayores o de su entorno les parece pura rutina, porque adoptan ideologías contrarias a la fe, incluso seudorreligiosas, o son arrastrados por la vorágine del mundo utilitario, consumista y hedonista, al que no convienen las preguntas sobre Dios, donde la religión no interesa, por ser ya de una época pasada, etc.

Es a ese mundo de hoy, querido Padre Eloy, al que te envía Cristo Jesús para darle la Buena Noticia de la Salvación. Quizás a nosotros no nos parece que estas categorías de personas estén todas representadas en Cuba, pero tengamos cuidado, muy rápidamente se han ido levantando una a una las capas aparentemente protectoras que nuestra condición insular y nuestra singularidad político-social habían generado y aparecen descarnadamente entre nosotros las mismas vaciedades y sinsentidos del mundo occidental decadente. Y es ese estilo de comportamiento globalizado el que le cierra el paso a Dios y no una postura oficial antirreligiosa, como pudo ser en otro momento, de tal manera que el sacerdote, más que nunca, tiene que ser el hombre de Dios para ese mundo. El Papa Benedicto XVI ha repetido en varias ocasiones que el problema del hombre y la mujer de hoy es el problema de Dios, que se ha querido sacar a Dios del horizonte de la humanidad. Luego, tu misión no podrá ser simplemente predicar lo que sabes es la verdad, porque llegará a la mayoría de tus contemporáneos un rumor de palabras que les resultan ajenas.

Transparentar a Cristo para tus fieles, para tu comunidad, para aquellos que ya han abierto su puerta y están en camino de conversión, sí. Pero éstos serán siempre los menos y tú no puedes ser el hombre de Dios sólo para ellos, sino para tu pueblo. Ahora bien, ésta es la hora en que más que dejar entrar a Dios, a quien, según el Santo Padre, han querido sacar de la historia actual, hay que traer a Dios a esta historia nuestra.

El sacerdote católico en Cuba tiene que traer a Dios y meterlo en la trama de nuestra vida personal, familiar y social.

Hay en la Biblia, en el Antiguo Testamento, un hombre inspirador para traer a Dios al mundo, que es Moisés. Dice Orígenes en una homilía sobre el Éxodo: “Moisés pidió a todo el pueblo, a cada uno según sus fuerzas, de construir el tabernáculo...” la construcción misma no tiene lugar de una manera forzada, sino espontánea. El motivo por el que era preciso construir el tabernáculo es que el Señor había dicho a Moisés: me construirás un santuario y desde él me mostraré a ustedes”. O sea Dios quiere venir y mostrarse al pueblo. Más aún que traer se trata de atraer a Dios al mundo. Muchas veces creemos que la gracia de Dios consiste en que Dios se deje conquistar por el hombre, pero, al contrario, Dios desea entrar en este mundo que es suyo, pero quiere hacerlo a través del hombre.

Ya lo hizo de modo sublime y para siempre a través del hombre Cristo Jesús. Nos dirá de nuevo Orígenes: “Construyamos, pues, también nosotros un santuario para el Señor todos juntos y cada uno en particular”.

Lo grande, lo maravilloso de nuestra existencia sacerdotal es que como elegidos de Dios seamos los primeros en construir ese santuario, sin forzar las voluntades, proponiendo un género de vida nuevo, y atraigamos a Dios a nuestro mundo, aquí donde vivimos, y hagámoslo viviendo nosotros mismos una vida de fe realmente auténtica.

Entonces estaremos preparando un santuario, en medio de nuestro pueblo, Dios será atraído y se mostrará a muchos.

¡Qué exaltante es el sacerdocio de Cristo! Porque no es un Dios desconocido y desconcertante el que franquea la puerta, sino Jesús, el dulce Señor resucitado que está a la puerta y llama y es capaz de entrar aún con las puertas que la desidia, o la fragilidad de una fe débil le han cerrado.

Quiere el Señor llenar el mundo con su presencia y lo hace a través de sus apóstoles, que enviará a todas las naciones para que anuncien su triunfo sobre la muerte y comuniquen vida nueva a cuantos nos rodean.

Y ésa es la eterna novedad del cristianismo: no importa que el hombre o la mujer de hoy cierren las puertas a Cristo. El Dios que se hizo hombre en Cristo, al morir en la Cruz venció la muerte y está vivo en medio de nosotros y con su cuerpo glorioso puede penetrar hasta lo hondo del corazón humano, aunque nosotros por miedo le cerremos el paso, y cuando nos envía a anunciar su salvación al mundo entero nos hace fuertes con el poder del Espíritu Santo para proclamar a todos nuestra fe.

Este envío de Jesús no nos permite arredrarnos ante el mundo moderno. El poder del miedo o el de las más variadas razones humanas no es capaz de resistir la fortaleza de la fe en Cristo que libera al hombre de sus temores, de sus límites.

Por eso no enfrentamos nuestra misión con ansiedad o con angustia, sino con alegría, sabiendo que es Cristo quien vence y que, por desmesurada que parezca nuestra misión, nada importan las resistencias de nuestros hermanos, ni mi propia debilidad para enfrentarlas, pues “todo lo puedo en Aquel que me conforta”.

Sea ésta la fuente de gozo y de paz que llene tu corazón desde tu primera celebración eucarística hasta tu último aliento vital.

Eres sacerdote para tu pueblo cubano, que tiene las mismas limitaciones, búsquedas o indiferencias de otros pueblos de la tierra. Dios te pide que le construyas un santuario, un espacio espiritual de acogida al que El desea venir.

Para esta tarea contarás con el poder convocador de María Santísima que preparó con pureza y humildad, en su seno Virginal, una morada santa para el Hijo de Dios. María, en su advocación tan nuestra de Virgen de la Caridad, prepara también un sitio para Jesús en medio de nuestro pueblo. Estamos celebrando ya los 400 años del hallazgo de su imagen bendita, que nos ha acompañado en la historia desde antes del nacimiento de la nación cubana. Confía los cuidados del pueblo al que debes anunciar el Evangelio a la Virgen de la Caridad. Ponte tú mismo bajo su amparo maternal para que, como en Ella, Jesús encuentre un sitio exclusivo en tu corazón sacerdotal y por la imposición de las manos de tu Obispo tome posesión de ti que serás su sacerdote para siempre.

-Servicio de noticias-

Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2010-2012©

Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original